

Texto **Barnaby Rogerson** Fotografías **Thomas Brown**

LA PIEL DE LAS PALABRAS

Hace más de cien años, los libreros británicos James y Mary Lee Tregaskis lanzaron un reto fascinante a maestros artesanos de todo el mundo: demostrar que las técnicas de encuadernación “moderna” eran tan buenas como las antiguas

Cada uno de los 73 volúmenes está guardado en su propio estuche guateado, de piel negra y reseñado por un simple número y el lugar de origen. Los había visto antes muchas veces, ilustrados en catálogos o citados en historias de libros. Pero tenerlos en la mano, incluso bajo la luz tenue de la oficina del conservador, producía una explosión de color e inventiva, según iba abriendo los estuches, uno a uno; a continuación los iba poniendo cuidadosamente en su sitio para descansar la mirada y no hacer comparaciones injustas, antes de abrir el siguiente. Porque cada uno de ellos fue creado en su taller particular, sin tener en cuenta el resto, aunque al final se expondrían todos juntos y su valoración dependería del voto del visitante a su ejemplar favorito.

La colección se encargó en 1894 para una exposición de encuadernación celebrada en una librería de Londres. Para ello se envió a 76 encuadernadores de 27 países un texto impreso idéntico, *The Tale of King Florus and the Fair Jehane*, la traducción al inglés que realizó William Morris del cuento anónimo francés *Le Roi Flore et la belle Jeanne*. Todos los ejemplares menos tres fueron devueltos (uno se perdió en un terremoto en Grecia, otro fue destruido por el fuego en Sajonia y otro se extravió en el correo). Al tener todos el mismo tamaño, la atención recaía en la habilidad individual de cada artesano. Eran pequeños (como un libro de bolsillo actual), y por lo tanto era posible imaginarlos en una estantería o siendo leídos bajo un árbol.

Lo que los encuadernadores hicieron con el texto se dejaba a su propio criterio y los resultados (incluso 120 años después) todavía vibran con su ingenio, al tiempo que rememoran entrañablemente una tradición con, al menos, dos mil años de antigüedad. Cada uno de los 73 libros forma parte de una práctica artesanal inmutable a través de 60 generaciones: de maestros y aprendices, cada generación respetando el pasado pero también

intentando refinar la tradición, utilizando las mismas herramientas y materiales.

Hoy en día, el trabajo realizado en una imprenta pequeña encuadernadora se reparte entre un propietario y un ayudante. Pero hace cien años, la encuadernación llevaba consigo varias especialidades distintas. Los bloques de texto que procedían de los impresores solían desencuadernarse y después recoserse, labor que correspondía a la mujer que debía seguir las especificaciones del encuadernador; el trabajo estructural principal era responsabilidad de un hombre. El dorado de los fillos de las páginas se encomendaba a otro hombre distinto, mientras que las cabezadas de seda estaban cosidas habitualmente por mujeres. El diseño podía encargarse a un artista ajeno a la empresa, aunque las tablas cubiertas de piel, el gofrado y el papel de las caras interiores de las tapas, o guardas, estaban realizados cada uno de ellos por maestros artesanos distintos. Sin olvidar la elección de suministradores, el curtido y el tinte de diferentes calidades de cuero marroquí, los papeles turcos, las sedas y el vaciado de los bloques de metal para las estampaciones de paneles. Incluso durante el auge del siglo XIX hubo tradicionalistas que miraban con nostalgia “a la autenticidad de otros tiempos”, cuando el encuadernador de una Biblia en pergamino de primera calidad inspeccionaba dos mil pieles de becerro para seleccionar 250 sin la mínima imperfección.

La colección Tregaskis es excepcional por varias razones, pero el primer “accidente” de su historia es que continúa intacta y en perfecto estado. Esto se debió a la filantropía de una mecenas (la viuda de John Rylands) que compró la colección. A continuación la donó a la fundación benéfica que ella iba convirtiendo, tenazmente, en una de las grandes bibliotecas del mundo (localizada en Manchester, Reino Unido). La



segunda distinción se debía a que se creó durante la transición de la tradición artesanal de la encuadernación a la del artesano individual. La tercera distinción de la colección Tregaskis es que se trataba de un “proyecto”, y no era producto de las decisiones de un comité de dirección de una biblioteca nacional, sino fruto de la iniciativa de los Tregaskis, de la librería Caxton Head, en el número 232 de High Holborn, Londres.

Mary Lee Tregaskis celebraba exposiciones periódicas para dar a conocer su establecimiento. Fue pionera en animar a los coleccionistas a comprar primeras ediciones modernas y enviaba un catálogo a sus clientes cada tres semanas. Su primera exposición había consistido en una modesta estantería de seis encuadernaciones (*Los niños de agua*, de Charles Kingsley), seguida en 1891 de una colección más extensa, en la que figuraban obras de 36 encuadernadores europeos y atrajo 2.000 visitantes. Para la exposición de 1894 amplió su ámbito a las tradiciones de encuadernación del mundo entero. Su buen gusto se refleja en su elección del texto, producto de la nueva Kelmscott Press que estaba reinstaurando las antiguas técnicas de impresión, en particular el uso de grabado real de madera, para lograr una impresión de tinta gruesa, en vez de las litografías mustias y páginas atiborradas de letra pequeña de los impresores de entonces. Tras esta nueva estrategia estaba William Morris, el artista, diseñador y escritor de la Hermandad Prerrafaelita, para reinyectar alma, artesanía y la dignidad al oficio, en una sociedad industrializada. La Sra Tregaskis envió alrededor de 80 juegos de

hojas de papel a los componentes de su lista de encuadernadores, encomendándoles no excederse en el presupuesto de 2 libras esterlinas (unos 300 dólares actuales). Serían responsables de recopilar y coser las páginas y crear un lomo duro tradicional (que unía la tapa al bloque de texto cosido), en contraste con la predilección del gremio desde 1820 por el “lomo hueco” que permitía crear libros de buen aspecto y más sencillos de abrir y de leer pero que no sobrevivirían más de un siglo de uso, debido a la fragilidad de las uniones del papel y el cartón.

Algunos de los encuadernadores intuyeron el beneficio de la publicidad que podría reportarles y pusieron cuerpo y alma, o mejor dicho seda y dorado y fastuosas guardas, en su obra. Otros se limitaron obedientemente al tope estipulado de 2 libras esterlinas.

Como editor, escritor y coleccionista de libros, mi criterio a la hora de juzgar la tapa de un libro se basa en la relevancia al texto interior, la durabilidad de los materiales y la claridad del título. Esto se debe equilibrar con cada tradición cultural, la voluntad de innovar, de expresar individualidad artística así como de crear un producto único. Las ornamentaciones de una encuadernación (desde los bordados japoneses de mariposas de seda, a las aplicaciones de abalorios de los mocasines de Canadá) son las que dotan de relevancia y atractivo imperecederos a la colección Tregaskis. Tuvo un enorme éxito, al que ayudó, que la Reina Victoria quisiera ver los libros en el Castillo de Windsor. Esto provocó tal torrente de visitantes que Mary Lee se quejaba de tener que comprar una nueva alfombra por el desgaste de las pisadas de las multitudes.

Al salir de la Biblioteca John Rylands (catedral del libro y universidad de sus tradiciones) me maravillaba de la influencia conjunta de tres mujeres, gracias a las cuales podemos disfrutar hoy de estas obras. Una viuda reina emperatriz en su castillo; una filántropa que utilizó su fortuna, procedente del negocio de hilaturas de su esposo, para crear una biblioteca de calidad internacional; y la activa figura de Mary Lee Tregaskis, rebuscante de ideas encaminadas a promocionar su establecimiento. ❖

Página anterior: marcador de abalorios y armiño de Canadá. Abajo, el libro enviado de Teherán con *papier mâché* barnizado y tapa de pan de plata. Página contigua: (desde arriba, de izquierda a derecha): entre las portadas encargadas por los Tregaskis en 27 países se encuentran: de cuero con incrustaciones de Suecia; gofrado de Italia; satén

ornamentado de Delhi; mariposas bordadas en seda de Japón; dos tapas de encuadernadores de Londres; en la tapa de Dinamarca figura “Fair Jehane”; piel de becerro beige de Alemania; seda ornamentada de Madrás; satén bordado de Londres; seda trenzada de China; tapa de vitela pintada a mano de Leipzig



FOTOGRAFÍAS ADICIONALES. CORTESÍA DE JOHN RYLANDS UNIVERSITY LIBRARY, MANCHESTER